

Enzo Traverso. *Pasados singulares. El «yo» en la escritura de la historia*. Madrid: Alianza Editorial, 2022, 224 pp.

Yubely Vahos 
 Universidad de Antioquia

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.trahs.25.2>

El historiador Enzo Traverso ha mostrado que puede dirigirse a los historiadores en tanto que investigador dotado de una mirada lúcida con la que escudriña la historia vivida, pero también —como demuestra en el libro del que se ocupa esta reseña— posee la capacidad de reflexionar atentamente sobre los argumentos que los historiadores construyen a partir de su campo de estudio. De esta manera, en *Pasados singulares: el «yo» en la escritura de la historia*, el ensayo que urdió a partir de una constelación azarosa e interconectada de libros escritos a lo largo del presente siglo, el autor retoma los interrogantes que han signado su producción bibliográfica, aunque vuelve a ellos por un camino distinto: si en libros como *La historia como campo de batalla: Interpretar las violencias del siglo XX* o *El pasado, instrucciones de uso: historia, memoria, política*, Traverso exploró cómo la violencia, la memoria, la revolución y la clausura de la fe en la revolución le dieron forma al siglo XX, mientras dejaban un legado para la centuria que transitamos, arrojando luces sobre el papel que ha desempeñado la historia en todo aquello. El libro aquí reseñado se adentra en cómo esos tópicos se han instalado, modificándola, en la escritura de los historiadores profesionales.

Los argumentos del libro discurren sobre un planteamiento que funciona también como una advertencia. Traverso emplea la hipótesis del régimen de historicidad presentista que propuso François Hartog¹ y, a partir de ello, sostiene que la escritura de una buena parte de los historiadores ha transitado hacia un intenso subjetivismo: el historiador aparece en sus obras en cuanto investigador esforzado, sujeto cuyas emociones interactúan con la materia de la que se ocupa y personaje central; esta puesta, en primer plano de su fuero íntimo, señala Traverso, constituye la particular forma con la que los practicantes de la disciplina del pasado han reaccionado ante la

1. François Hartog, *Regímenes de historicidad: Presentismo y experiencias del tiempo* (México: Universidad Iberoamericana, 2007).

atomización de la esfera pública en cuanto espacio de acción colectiva y la percepción del presente como el único horizonte vivo que trajo consigo el neoliberalismo.

Su diagnóstico se apoya en tres síntomas: la apropiación de métodos de investigación de la sociología y la antropología que se percibe en la producción histórica contemporánea y con ello, un reconocimiento de la carga subjetiva de todo trabajo de ciencias sociales; el uso de las herramientas de la historia por parte de los investigadores para responder preguntas que atañen a su experiencia, preguntas que antaño solo tenían cabida en las obras de los escritores; y el auge de una aproximación sensible más que comprensiva al pasado, que se ha instalado de forma concomitante en el quehacer de escritores de historia y de ficción.

Una línea argumentativa relevante en la obra está constituida por un recorrido a través de los principales hitos que marcaron la emergencia de esa ego-historia. Traverso detecta un desplazamiento desde una historia impersonal a una escritura del yo que empezó a ocurrir hacia la década de los setenta, pero se aceleró en los últimos treinta años. En ese lapso se sucedieron el uso del yo en los libros sobre el pasado como una trasgresión, porque el único lugar en el que el investigador podía verterse a sí mismo era la correspondencia. La aceptación de que ciertos historiadores, cuyo trabajo resultaba particularmente relevante para la construcción de la disciplina, o cuyas vidas estaban entrelazadas con la historia que investigaban, gozaban del privilegio de salir de la trastienda. Y, finalmente, el reconocimiento de que la subjetividad es, además de una estrategia escritural atractiva para los lectores, un ingrediente legítimo de la metodología de investigación, que participa en todas sus etapas. Si bien la explicación central para este cambio es la “razón neoliberal del mundo” (p.97), llama la atención su esfuerzo por proponer explicaciones que provengan de la evolución de la disciplina. Así, señala que esta transformación fue alentada por el uso progresivo de las voces de sujetos subalternos. Para Traverso, la búsqueda de las emociones de los actores del pasado fue un aliciente para que los historiadores buscaran las suyas, y le formularan a su historia las preguntas con las que hurgaban en la vida de aquellos desconocidos.

En el plano metodológico, el autor detecta algunas consecuencias que suele traer consigo la adopción del yo. En primer lugar, la preferencia por escalas de observación poblacional y geográficamente más acotadas, tanto en la vía de lo que plantean los practicantes de la microhistoria (la atención a lo anómalo, a lo nimio, para comprender mejor el conjunto de una época), como en la ruta que supone hacer historias de vida o etnografías transitadas por otras ciencias sociales. En segundo lugar, el autor percibe una escenificación narrativa del proceso de investigación: la búsqueda, organización y contrastación de fuentes son descritas por el historiador como peripecias que modulan la obra presentada, una novedad que posee un gran valor formativo para los lectores, pero sobrevalora aquello que, hasta hace algunas décadas, era el deber a secas del investigador. En tercer lugar, el historiador es impelido, incluso cuando no pretende hablar de sí, a explicar de qué región de sus emociones, sus ideas o sus prejuicios surgen sus argumentos; una demanda que, por un lado, responde a ese requerimiento legítimo de honestidad intelectual que ha atravesado el último siglo —y que ha enriqueci-

do el debate teórico-metodológico—, pero, al tiempo, instala una resistencia a creer que el historiador puede gestionar su condición subjetiva para ir más allá de ella, con el propósito de comprender lo distinto. Por último, se ha afincado un acercamiento entre la escritura histórica y la literaria: si bien los historiadores no renuncian a los fundamentos disciplinarios que diferencian su oficio del de un fabulador, apelan a los recursos del novelista para otorgarle mayor fuerza expresiva al relato, en un reconocimiento —que tiene cierto sabor a pérdida de confianza— de que el pasado por sí mismo no es suficiente para atraer al lector.

Cabe aclarar que esto no suscita la preocupación de Traverso. Lo que lo inquieta es entrever un nuevo mecanismo de validación de la obra que acompaña y a veces se superpone a lo que Charles Bergquist² llamó los pilares de la historia: Se trata de una persuasión sustentada en la dimensión emotiva, e incluso lacrimosa. Pero esta última no es la única reconvencción que podemos hallar en la obra. Traverso advierte sobre el peligro de que el historiador se sitúe al mismo nivel de sufrimiento y de importancia de los actores de la historia que lo ocupan, lo que puede minimizar la importancia de esos hombres y mujeres; sobre un retorno a lo anecdótico, aunque los protagonistas de la anécdota no sean ya los hombres de bronce; sobre la pérdida de mordacidad crítica de una disciplina que encuentra una de sus justificaciones en el compromiso social. Advierte, finalmente, que, si esta tendencia deviene paradigma, a la definición de la historia como relato público y colectivo, se una, cooptándola, una definición de la historia en cuanto reivindicación de una piedad y unas lealtades: “Que esa piedad se dirija a los judíos deportados a Auschwitz o a los falangistas resulta secundario, incluso anecdótico. Todos se convierten en héroes homéricos y sus descendientes, historiadores o novelistas, en émulos de Eneas llevando a su padre sobre los hombros” (p.73).

Para Traverso, la empatía no puede eclipsar el imperativo de explicar. Aunque en ciertos momentos las advertencias del autor poseen cierto gusto a queja, el autor logra conjurar el gesto lacrimoso al adoptar una actitud propositiva demostrando que la escritura subjetiva no ha buscado cuestionar los pactos que le otorgan singularidad a la historia. Por ello, puede aportarle matices, diversificarla, siempre y cuando sea una alternativa más en la caja de herramientas metodológica del historiador, y su adopción esté regida por la pertinencia, no por el ego. En este sentido, lejos de empobrecer la disciplina, las escrituras del yo pueden ayudar a recomponer el universo caótico que es nuestro pasado, porque favorecen la alternancia entre los planos generales y los primeros planos. En su comprensión, la historia global y el relato de la familia son respuestas a este tiempo en el que los hombres buscan con afán refugiarse en la aldea, mientras el mundo se instala en la palma de su mano. La clave consiste en la existencia de caminos de ida y vuelta entre todas las formas de hacer historia.

Para concluir, es importante resaltar algunas omisiones perceptibles en la obra, que son insoslayables para quien lee desde América Latina. En primer lugar, la

2. Charles Bergquist, “En nombre de la historia: una crítica disciplinaria de la *Historia doble de la Costa* de Orlando Fals Borda,” *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 26 (1989): 40-56.

muestra de obras con las que trabajó Traverso corresponde a un universo muy concreto: son obras publicadas principalmente en Francia, aunque el origen de sus autores se amplíe a buena parte de Europa y algunos países asiáticos y africanos. Esto implica que hace falta un diagnóstico más pormenorizado y contextualizado de la escritura subjetiva de la historia que matice los diagnósticos agudos pero apresurados de un ensayo como ese. En segundo lugar, y teniendo en cuenta que el criterio de elección de la muestra fue en gran medida editorial, la obra se habría enriquecido con reflexiones sobre las formas en las que los sistemas editoriales interactúan con tales propuestas. A este respecto, vale aclarar que, si bien a lo largo del libro se presentan extractos de reseñas y entrevistas que ponen en escena la recepción que tuvieron algunos libros escritos en primera persona, estas se producen sólo cuando la obra ha sido entregada al público. Finalmente, si, como señala el autor, las obras de historia subjetivas han florecido con particular vigor en Francia, hizo falta un mayor músculo explicativo que diera cuenta del porqué. Explicaciones que se situaran en una escala intermedia entre la tesis del neoliberalismo y la génesis de la historia profesional.